

**SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ  
Y EL FALSO VALOR FEMINISTA**

**La visión popular a tres siglos  
de su muerte.**  
por Julieta Brizzi

*...No hay cosa más libre que  
el entendimiento humano...*

Romance 1

Los versos de una monja mexicana del siglo XVII, hija de una criolla pobre, de una familia sin padre, que vivió la paradoja de ser una idea con cuerpo y alma, con sangre y espíritu, aunque sin sexo; las angustias de una mujer de letras y ciencias, de una intelectual que caló hondamente en la raíz del sueño moderno; el alma de una escritora petrarquesca, gongorista, calderoniana, profundamente americana, estéticamente hispana; todo esto confluye en el concepto que leemos en empolvadas páginas sobre un ser vivo, único e individual, de hace tres largos y diversos siglos, tres siglos de conflicto y fluctuación permanentes desde aquel México español, de adelantos y retrocesos, de amor y odio a Góngora. Una visión distanciada de una personalidad tan notable como sor Juana puede engañar, por ser limitada y confusa, a quienes han osado alcanzar apenas su figura. Es la trampa que nos tiende nuestra propia debilidad que, al acercarse a lo desconcertante, evalúa las posibilidades que más entiende y tiene más cerca, en este caso, las del feminismo desmedido, las de la defensa del lesbianismo que, sin duda, han marcado prejuiciosamente a muchos

lectores y es lo que ha puesto "de moda" a sor Juana. Afortunadamente, gracias a esta identificación que logran las postrimerias del siglo XX, ha revivido y se ha desempolvado una gran cantidad de ideas acerca de una época, si no olvidada, ligeramente mal interpretada por la crítica. Nuevamente, como en el romanticismo, se intenta revolucionar la visión angélica y cuasi mística de Juana que tenía la Iglesia de México y de España, reflejada en la antigua biografía del padre Calleja, quien interpretara la vida de la monja como un verdadero camino de perfección desde lo mundano de su inclinación a las letras hasta su sometida entrega final y el renunciamiento al estudio.

Desgraciadamente, nuestro peculiar hábito inquisidor nos obliga a acercarnos mal dispuestos a la materia de estudio, premisa primera del investigador, que nunca debe ser transgredida. Las consideraciones que más rápidamente salen a la luz en éste, nuestro lego fin de siglo, son tales como "sor Juana es feminista", y muchos otros se aventuran a afirmar cosas mucho más osadas, como si pretendieran esclarecer algo demasiado trascendente para la literatura barroca de la Nueva España. "Sor Juana es feminista", y se nos ocurre todavía viva o palpitante, se nos presenta actual. ¿Por qué su presencia nos plantea tal enigma? ¿por qué nadie nunca en nuestro siglo pudo escapar a esta tentación de creerla posmoderna?

Es factible que haya sido la primera fundadora de aquel movimiento, pero analizando apenas las condiciones de su medio nos damos cuenta de lo débil de la afirmación. Bien ha explicado Octavio Paz en el ensayo que le dedica a la poetisa la imposibilidad de que haya sido, por así decirlo, la primera "militante" del feminismo. Para él, sería inconcebible que una mujer de Nueva España, la única

sobresaliente de su ámbito literario dominado por varones, entendiera la desventaja respecto del otro sexo únicamente a causa de su condición de mujer. Durante toda la historia y aun en el siglo del Virreinato las mujeres de sociedad desempeñaron siempre funciones específicas, prefijadas y nunca alteradas por ellas mismas, de modo que no cabía la posibilidad de que añorasen otro estado del que poseían. Su formación era escasa, por lo tanto el hecho de que sobresalieran o no en determinada disciplina dependía del incentivo y personalidad combativa que poseyera cada mujer. Para eso debía reunir suficientes condiciones socio-económicas, intelectuales y anímicas para que su medio la considerase apta y desempeñase el cargo, por ejemplo, de escritora oficial de los virreyes. Que sor Juana adoptara esas características e hiciese una defensa de la condición oprimida de la mujer basándose en su propia experiencia familiar (recordemos que las hermanas y la madre de Juana representaron todo lo que ella nunca hubiese hecho de su vida) para defenderla de la hipocresía de los hombres en determinados conflictos domésticos —principalmente en las famosas redondillas “Hombres necios que acusáis...”— no constituye, según el entorno de la época, un ensayo del movimiento feminista.

Es oportuno llegado este punto reconocer como muy digna fuente el trabajo de Octavio Paz, aludido más arriba, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, no sólo por ser un fiel trasunto biográfico, con detalles pormenorizados y documentos novedosos —como la carta que incluye en el apéndice, encontrada en la biblioteca del Seminario arquidiocesano de Monterrey, México, por Aureliano Tapia Méndez, titulada: *Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz escrita al R. P. M. Antonio Níñez de la Compañía de Jesús*—

sino también porque demuestra fielmente una de las corrientes más serias de estudio que ha dado estas últimas dos décadas. Asimismo Paz logra encausar una apología, aunque sin proponérselo del todo, de los puntos más oscuros y controvertidos dirigida hacia las malas interpretaciones que sobreabundan, de esta manera dedica varias páginas al crítico Ludwig Pfandl y a su osada tesis psicológica y al análisis clínico de algunas psicopatías de sor Juana.



En general, el ensayo de Paz evoca en ciertos aspectos la intención planteada por Anita Arroyo en el clásico *Razón y pasión de sor Juana*, que sigue el mismo patrón de todos los libros crítico-biográficos sobre Juana: síntesis de los documentos y escasos detalles de su nacimiento en la alquería de San Miguel Nepantla, infancia en la biblioteca del abuelo, la ausencia del padre y su enigmática influencia, el viaje a la ciudad de México, la adolescencia como dama de honor de los virreyes, la oscura y no muy clara decisión del convento, los

veinticinco años de monja, la renuncia a las letras y la muerte; sigue el análisis de la obra lírica, con un capítulo o apartado especial para *Primero Sueño*, finalmente el teatro profano y los autos sacramentales.

De los últimos escritores que le dedicaron un estudio completo y exhaustivo, Octavio Paz es el único que seriamente pone sobre el tapete la problemática sexual y la ambigüedad amorosa que se desprende de ciertos escritos sorjuanistas, entre los que se destacan los sonetos, no valiéndose de otra cosa que no sea la realidad de la palabra, sin variantes románticas ni especulaciones pseudo científicas. Según el premio Nobel mexicano, el problema de muchos es que mal interpretan las fuentes sin detenerse demasiado en el entorno que las gestó y pone como ejemplo la serie de romances dedicados a la virreina Doña María Luisa Manrique de Lara, quien fuera también la divina Lysi. Éstos son, sin ninguna duda, poemas de amor dirigidos por una a otra mujer, aunque no por esto reflejen necesariamente un amor homosexual, sino más bien la expresión más adecuada que encuentra una poetisa y una religiosa que no puede ni debe dirigir sus versos a un hombre, y mucho menos al virrey. Sor Juana buscó una solución a la paradoja de ser la única monja letrada que diera América, protegida de los virreyes, y que estuviera obligada a escribir para ellos versos de amor profano ajenos a su intención. No hay que negar por esto que sor Juana sintiese un cariño profundo hacia la señora virreina, ni que fuese muy grato para ella dedicarle los mejores sonetos de su producción, con los que expresaba como mejor sabía la amistad o enamoramiento de las almas que, para ella y para el llamado 'amor platónico' del Siglo de Oro español, "no tienen sexo".

Las únicas fuentes biográficas que se conservan de sor Juana son sus obras literarias y ejercicios religiosos, junto a una rúbrica de los últimos años en la cual renuncia a las letras mundanas; y de acuerdo con todas ellas no es posible arriesgar nada acerca de su vida social, cuanto menos sexual. El argumento es endeble pero, como tal, no tendría que haber sobrevivido tanto tiempo en las mentes de los críticos. La ya clásica visión acerca de la psiquis enfermiza de una mujer con represiones morales ha pretendido tener su fundamento en las obras de la poetisa. Los sonetos, a través de una postura freudiana desmedida, pueden ser una rica materia de análisis, pero nunca serán tomados como un documento biográfico —observación al parecer un tanto obvia para quienes conocen el rigor del análisis literario. Sosteniendo y compartiendo la tesis de Paz, Juana de Asbaje y Ramírez seguirá siendo un enigma por mucho tiempo hasta que no nos aventuremos adecuadamente en su obra y nos topemos con algún documento determinante. Mientras tanto, podemos acortar el plazo de su real descubrimiento pensándola una mujer fuerte y una intelectual de carácter, con todas las debilidades del estudioso, con un vasto talento que desplegó y fue incomprendido, un talento atemporal, adelantado para su época. Hagamos, pues, a sor Juana una mujer de nuestro siglo y acompañémosla en este intrincado trayecto que significa conocer el mundo sublunar. Y no nos parecería raro pensar que ella misma estuviera en su ámbito en medio de la era espacial y tecnológica, que ahora su misión solitaria fuera la de muchos y esos muchos comprenderían su obrar, esos mismos que hoy se empeñan en redescubrirla y traerla de nuevo adonde pertenece.

**La auténtica importancia de sor Juana, el alma del *Primero Sueño*.**

*...Para todo se halla prueba  
y razón en que fundarlo  
y no hay razón para nada  
de haber razón para tanto...*

Romance 2.

La noche se aproxima al lecho de los hombres a hurtadillas, portando en la diestra la llama transparente de la oscuridad, y no tenemos en claro nuestros sentidos. Qué distinguimos de lo que se ve, qué no es de lo que parece estar. Nada, ni la nada, es certero, ni siquiera lo más seguro de nuestra identidad. Del otro lado, la Naturaleza palpita en la vigilia nocturna.

Un alma, que se considera independiente del cuerpo

*juzgándose casi dividida  
de aquella que impedida  
siempre la tiene, corporal cadena*

no es garantía para el conocimiento. Los sentidos no son fiables para iniciar el camino ascendente a partir de las cosas creadas y su contingencia los invalida.

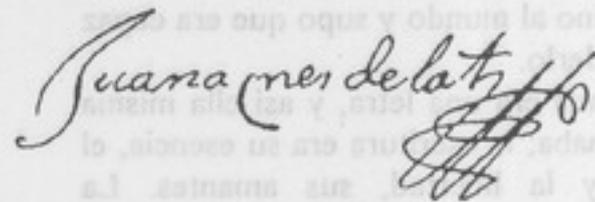
El más mínimo detalle cobra dimensiones extrahumanas y nuestro entendimiento se entorpece. Todo es desmedido en la distorsión atemporal:

*no de otra suerte el Alma,  
que asombrada  
de la vista quedó de objeto tanto,  
la atención recogió, que derramada  
en diversidad tanta, aun no sabía  
recobrar a sí misma del espanto...*

En consecuencia, el conocimiento deviene en una tarea titánica que jamás se completa. El intelectual, agotado, una y

otra vez se precipita desde la cima de la pirámide universal y golpea el suelo justo al amanecer.

Sor Juana resume esta interminable batalla nocturna del espíritu con su propia incapacidad en el increíble monumento barroco y ya ilustrado que es *Primero Sueño*, y con él se adueña de la primera obra que trata literariamente en lengua castellana el dilema del científico, sabio y creador, protagonista de la historia en los siglos sucesivos. Construye su inabarcable poema con forma casi artesanal, arquitectónica; a veces nos engaña un ascenso gótico que no existe, hasta que caemos en la trampa, nosotros, pobres almas acostumbradas a vivir de lo que aquellos científicos usan de peldaño, y así también nos despeñamos perplejos.

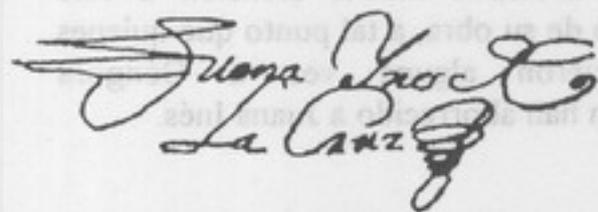


Es un poema innovador, inusual, y por sobre todas las cosas, americano; no por casualidad, sino porque no pudo haber sido incentivado en otro ámbito tan rico como el de la Nueva España del siglo XVII. Pese a la novedad que introduce la literata mexicana en el acervo poético-intelectual de toda América, otorgó a sus conceptos una forma y estilos legítimamente hispanos. El poema es gongorista sin objeciones, basado en las *Soledades* del gran poeta cordobés. La crítica sorjuanista siempre ha sabido dedicarle mucha atención a este aspecto de su obra, a tal punto que quienes aborrecieron alguna vez a Góngora también han aborrecido a Juana Inés.

Es una visión audaz tratar de entender la realidad de las cosas creadas y nacidas o, más particularmente, una realidad concentrada en las letras y ciencias, replanteadas por los mismos hombres que no creen en su infalibilidad. Ésta es su verdadera naturaleza, el quid de su obra, la importancia trascendental que llega hasta hoy y, cuanto más vive la Historia, más la comprenden los hombres. En el Nuevo Mundo no abundaron los ejemplos de tal literatura, por eso brilla la memoria de Juana como la más grande, como la gran visionaria, como en efecto lo fue. Esto se lo debemos a su amable condición de monja, a lo que ella misma admitió, más que una vocación, ser una necesidad, un osado emprendimiento comparable a la hazaña de Faetón y el carro de su padre a través de la bóveda celeste. De todos modos, su vida había sido entregada entera al conocimiento desde el preciso instante en que vino al mundo y supo que era capaz de entenderlo.

Sor Juana era una letra, y así ella misma se imaginaba; la escritura era su esencia, el mundo y la libertad, sus amantes. La pequeñez en que la sumió la crisis del año 1693 y los dos años de pasión acabaron su existencia con misterioso silencio, y posiblemente el anuncio del dolor se vea hoy transcrito en las páginas de su alma.

*...y ya que a ti no llega mi voz ruda,  
óyeme sordo  
pues me quejo muda...*



Juana Inés de la Cruz

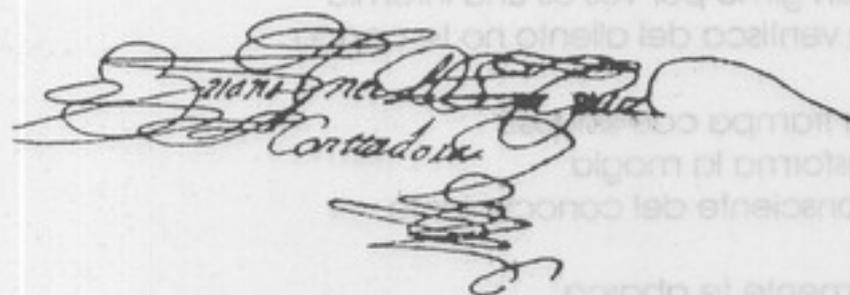
## La película: M. L. Bemberg desafía al abismo

Mil novecientos noventa marcó un hito en la eterna agonía del cine nacional: fue el año de menor producción cinematográfica. Pese a esto, una de las películas más afortunadas fue un exponente típico de una gran directora: *Yo, la peor de todas*, sobre los últimos años de la vida de sor Juana Inés de la Cruz. Una verdadera gema cinematográfica, en la que la directora aprovecha el tema e historia de Juana para un fin claro, explícito desde los primeros minutos de película. Y no es tarea fácil aportar una imagen dinámica y vívida a través de recursos cinematográficos (propios de nuestro siglo) de una figura tan oscura y tan olvidada por los medios artísticos de hoy.

Desde el principio se plantea estéticamente el asunto que mueve un guión interesante, basado en la obra de Octavio Paz, y elaborado por la misma directora y Antonio Larreta. Planos individuales, espacios cerrados y abundancia de las sombras nos indican que la protagonista es introspectiva y que su personalidad domina por entero el ambiente y la escenografía. No se descubren arquitecturas barrocas propiamente dichas más allá del excelente vestuario y de las caracterizaciones de personajes —un notable Gerardo Romano en la piel de Don Carlos de Sigüenza y Góngora y un correctísimo Lautaro Murúa como el obispo Aguiar y Seijas. Decía que se trataba de una empresa osada y difícil retratar a sor Juana Inés de la Cruz de cuerpo entero, pero la Bemberg, a pesar de algunos avatares de desigual importancia, logra seguir en pie.

La figura que presenta Bemberg es una Juana ligeramente distinta a la que nos imaginamos real. Su postura y

personalidad son, sin lugar a dudas, los reflejados en *Las trampas de la fe*, pero se entrevé cómo sutilmente la directora ha introducido inquietudes de su cosecha. Quien haya visto pocas de sus películas recordará que la temática femenina siempre la ha cautivado y ha intentado ponerle un dejo polémico y un tanto anacrónico a personajes como Camila O' Gorman. Tal es así que la sor Juana que vemos en *Yo...* es indudablemente una precursora feminista y, para más detalles, deja sugerida una cierta inclinación homosexual.



Sin embargo, se rescatan valiosos aportes originales acerca de la relación que envolvió a la monja con las dos virreinas de México, con la sociedad cortesana de la época, con los intelectuales eclesiásticos y con el entorno conventual de San Jerónimo. Ver y retener esta película representa una obligación para todos los fanáticos sorjuanistas.

*Yo la peor de todas* fue filmada durante los meses de enero y febrero de 1990 y fue estrenada en agosto de ese mismo año. Recibió varios reconocimientos internacionales y fue elegida por el Instituto Nacional de cinematografía para la preselección de los premios Oscar. Es una producción de Lita Stantic y una película de María Luisa Bemberg. Los intérpretes: Assumpta Serna (sor Juana), Dominique Sandá (Doña María Luisa Manrique de Lara), Héctor Alterio (el virrey), Gerardo Romano (Don Carlos de Sigüenza y Góngora), Lautaro Murúa (Aguilar y Seijas, obispo de México). Guión: María Luisa Bemberg y Antonio Larreta, Música: Luis María Serra.

**Julieta Brizzi**  
4º año Letras